

RED TIDE

Un relato de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

Mi nombre es Peter Parker. Igual que el hombre araña. Mis padres eran así de gilipollas. Estúpidos fans de los cómics americanos. Tengo diecinueve años. Nací en The Castro, la zona gay de San Francisco. Yo no soy gay, claro, pero creo que el nombre hispano de aquella ciudad y el de aquel barrio me han predispuesto siempre a tener cierta curiosidad por el mundo latino.

Para resumir un poco mi forma de ser puedo decir lo siguiente. Soy zurdo. Soy rubio pero me tiño de oscuro. Estudio fotografía. Hablo inglés y español. Me gusta el arte y me considero una persona sensible. Veo cine antiguo y esas cosas. A pesar de todo no suelo llorar a menudo. Sólo hay cinco cosas que me hacen llorar en esta vida; a saber¹: el réquiem de Mozart, la poesía de Robert Lowell, la basílica de San Pedro en el Vaticano, la muerte de mi madre y que me la chupen dos cachondas al mismo tiempo.

Que me la chupen dos cerdas es algo incomparable a nada. Cuando veo películas pornográficas, miro a las actrices y parece que disfruten con lo que hacen, tienen una gran desenvoltura. La realidad no es así. En la realidad ves timidez, cierta dosis de rechazo mezclada con una gran cantidad de morbo. Ellas nunca han probado tu miembro. No con sus papilas gustativas al menos. Pero lo comparten, hay competencia, observación... Una persona extraña se interpone entre cada una de ellas y su objetivo, pero sin darse cuenta encuentran una sinergia de tal fuerza que el resultado es brutalmente volcánico.

Libera eas de ore leonis, ne absorbeat eas tartarus, ne cadant in obscurum dice el réquiem en su versión original latina.

Puede que sea por esto que no lloré cuando supe de la muerte de mi amigo. Se llamaba Mark 'Muffin'² Newson. Por lo que me contaron, estaba de juerga en el hotel cuando de repente comenzó a sentirse tremendamente excitado. Bajó nueve pisos de escaleras corriendo y gritando como un poseso. Salió por la parte de atrás del hotel, que daba a una piscina y, más allá, a una playa semiprivada. En la playa se desnudó y se metió en el agua. Luego se ahogó. Muffin era un gran tipo. Creo que lo echaré de menos. De hecho sí que lo echaré mucho de menos al bastardo.

En fin. Los muertos huelen mal. Es mejor no tocarlos; y esto me lleva a la historia que voy a contar por fin.

Porque todo sucedió la misma noche que Muffin Newson decidió tirarse al agua del Caribe para bajarse la erección descomunal que lo atormentaba, sin saber que los ahogados aparecen siempre con la verga empalmada, efecto de la acumulación de sangre en todas las extremidades del cuerpo, no importa lo pequeñas que sean.

Aquella noche había decidido salir de fiesta por "la zona". Bajaba por la avenida hotelera acompañado de dos amigos y de tres chicas a las que habíamos conocido en el apartotel. Creo que eran de Alabama o de Georgia por su acento. Unas "rednecks"³ muy simpáticas, pero un poco miedosas. Esa clase de chicas cuyo problema no es no saber lo que quieren, como les

(1) Sin orden de preferencia.

(2) Lo llamábamos así por comparación con el bollo del mismo nombre. Cuando era niño y llevaba puesto un bañador, los michelines le colgaban igual que si fuese una magdalena. Luego adelgazó mucho al pasar la adolescencia gracias al efecto astringente de las "rave parties".

(3) "Cuellirrojos" en español. Se trata de un término peyorativo con el que nos referimos a los paletos del sureste de los Estados Unidos.

sucede a algunas, sino querer dos cosas a la vez que están diametralmente opuestas. Querían ser buenas chicas / Querían ser malas chicas. Todo un problema ético si uno piensa un poco en ello. Y si piensa mucho, probablemente llegue a la misma conclusión que yo: hemos recibido una educación que no sirve para nada más que para tener prejuicios y temores absurdos. Quién pudiera dejar de arrepentirse por disfrutar de las buenas cosas que la vida nos ofrece...

Era la primera vez que las dejaban viajar solas. Yo, en cambio, es la tercera vez que vengo al Caribe con mis amigos. Mis padres son un poco más condescendientes, supongo. Cosa de la edad. Tienen ya sesenta años. Yo soy el hijo menor. El pequeño Peter Benjamin Parker. Mi otro hermano, el mayor, vive en Roma. Trabaja para la embajada estadounidense en Italia. Habla cuatro idiomas y esas cosas. No nos llevamos muy bien. En cierto modo prefiero que esté lejos. Siempre nos están comparando.

Para resumir, diré que mis dos amigos eran Melvin y James. No recuerdo los nombres de las chicas, pero una de ellas con tetitas de nadadora se llamaba Deirdre. Era pelirroja, aunque a mí me parece que su pelo estaba teñido. Luego explicaré por qué.

Las noches del Caribe siempre son calurosas. Nuestras tres amigas se habían tomado muy en serio esta aserción, de modo que llevaban muy poca

ropa. Mejor para ellas. Muchas discotecas dan bebidas gratis a las chicas en bikini top. *Girls in bikini top drink free⁴*, suelen decir. Luego las emborrachan con tequila y las ponen a bailar sobre la barra. Es un espectáculo grandioso. A veces pienso que nos tratan como a monos, pero reconozco que existe un gran placer en eso de dejarse llevar por la masa. Para bien o para mal soy plenamente consciente de ello, no soy ningún idiota. Y sí, me gusta.

Leyendo estas cosas supongo que es fácil pensar que soy un frívolo machista que se cree muy listo. Y la verdad es que lo que dije antes de que me considero una persona sensible es totalmente cierto. Lo soy. Incluso tengo un carácter con clara tendencia a la melancolía.

A veces escribo poemas. También escribo relatos, como éste. Siempre cosas autobiográficas. Pienso un poquito como Henry David Thoreau en ese aspecto⁵. Siempre es mejor hablar de lo que uno conoce bien. Y a quién voy a conocer mejor que a mí mismo. Por eso procuro también no leer demasiado; para no intoxicarme.

Bajábamos por la avenida hablando de nuestras familias. Queríamos tantear un poco cómo eran nuestras nuevas amigas. Todas ellas tenían padres más

o menos normales. Dueños de algún pequeño negocio, un taller de coches o una tienda de electrodomésticos. Mis padres son también gente normal. Clase media-alta como se suele decir. Dueños de un hostel en Fillmore Street. Tam-

bién les hablé de mi hermano mayor y de su trabajo como diplomático en Europa. Ellas parecieron sorprendidas y expresaron su interés en que les enseñase una foto suya, lo cual me molestó un poquito, no voy a negarlo. Afortunadamente nunca llevo conmigo fotos de familiares. Mi hermano siempre ha sido el chico bueno de la familia. Y como siempre parece que tiene que existir una contraposición ética que sirva de justificación, es fácil elucubrar que yo soy el chico malo. El chico que no estudia y que agarró una enfermedad venérea a los catorce años. Cada cual es como es, ¿no? Si yo fuese como él no sería yo mismo entonces.

Pobres papá y mamá. Al menos, como podréis interpretar por el tono del relato, no soy ningún espíritu que narre su historia desde el más allá. Por

(4) Las chicas en top de bikini beben gratis. Uno se pregunta qué pasará con las que no llevan nada.

(5) De hecho Thoreau es una gran influencia en mi estilo de vida. Yo también sigo su premisa de la desobediencia civil.



Es fácil pensar que soy un frívolo machista que se cree muy listo

fortuna para ellos, su hijo Peter no muere en el Caribe. Seguro que de algún modo se hubiesen entristecido. Lo siento si el lector se siente decepcionado. Soy consciente de que no caigo bien a la gente.

Las discotecas del Caribe pueden tanto ser cerradas como abiertas. Estas últimas parecen terrazas de cafetería con algo de burdel y algo de feria ganadera. La música suena a todo volumen. El ritmo, alimentado por las voces de los pinchadiscos⁶, es seguido por docenas de camisas apretadas. Docenas de pechitos y culitos bailan también al compás. Litros de alcohol se dejan derramar sobre bocas y curvas. Subidas a la barra, jovencitas locales de aspecto monísimo, animan al personal masculino con sus sensuales contorneos. Junto a ellas, camareros de agilidad prodigiosa sirven “chelas” y combinados sin respiro. A veces te miran socarrones, insinuando que necesitan algo de propina para seguir a la misma velocidad. Tú los comprendes, echas unas monedas a la cajita de “tips” y esperas a que te sirvan a la vez que disfrutas de sus malabarismos. Unos glúteos duros y calientes se menean junto a tu cabeza, pero la habilidad del camarero es todo un espectáculo digno de verse sin interrupción.

James y yo habíamos ido a por las bebidas de todos. Melvin se había quedado con las chicas, cuidando de que no se fuesen. Era el que más labia tenía. Ahora veríamos si podía encontrarse un buen filón en esas minas vírgenes. Teníamos las herramientas adecuadas.

El filtro de amor es la gran maravilla de la ciencia experimental moderna. Existe gente que cree en la magia. Yo creo en la ciencia y, sobre todo, confío en la capacidad creativa de un buen camello, uno licenciado en química si puede ser. El resultado: unos “shots” de chocolate y menta⁷ con una pequeñísima gotita de bremelanotide mezclada con metanfetamina. Si no te excedes con la cantidad, el resultado no se nota más que lo necesario. Una vez conseguido el efecto, sólo debes preocuparte de una cosa: que sea tu polla la que chupan y no la de cualquier otro que se encuentren.

-Cheers, Deirdre.

-Cheers, Peter.

-Cheers.

Es muy difícil mantener la composición cuando ofreces tres filtros de amor a tres sureñas inocentes y poco inteligentes, pero en medio del bullicio logramos que nuestras risas y empujones pasasen desapercibidos como parte de un extraño ritual masculino de acercamiento se-

xual que las muchachas creían comprender, mirándose jocosas entre sí, sólo para provocar en nosotros un estado de euforia y desenfreno aún mayor que el que nos dominaba, sabiendo además que pronto ellas se unirían a nuestra peculiar percepción de la vida, si bien de un modo un poco más sintético.

Esto que comento no quiere decir que nosotros no tuviésemos una percepción sintética de la vida. Nuestros “shots” también contenían algo de condimento químico, pero distinto al que habíamos ofrecido a nuestras desprevenidas amigas. Creo que Melvin⁸ había preparado algo especial, una variación de MDMA que provocaba fantasías alucinatorias a parte de la tradicional entactogénesis⁹.

Por cierto, dije que había nacido en San Francisco, pero la verdad es que vivo en Queens, New York. Lo digo por que puede que esto explique algo de mi carácter. Y no es que justifique nada, estoy orgulloso de mi forma de ser. Es simplemente que a veces pienso que existe una fuerte influencia te-

(6) ¡A bailarrrrrr!

(7) También llamados After Eight por su parecido con el bombón inglés. No son la clase de “shot” que se tomaría Lemmy Kilmister, pero a las chicas les gusta.

(8) Melvin es licenciado en química y trabaja para una empresa subcontratada por el ejército. Un tipo listísimo. Su padre dirige la compañía y se dice que Melvin lo sucederá algún día. ¡Espero que para entonces todavía seamos amigos!

(9) El MDMA tiene como efecto principal el aumento exponencial de la empatía.

Era una noche húmeda y calurosa. Una de esas noches que no invitan a caminar borracho.

lúrica en esa ciudad, algo que modifica a las personas que viven en ella, como los cementerios indios o las centrales nucleares.

No hizo falta demasiado tiempo para comenzar a ver los efectos del filtro. Logramos que no se diesen cuenta regando sus gargantas con mayores cantidades de tequila y “chela”. De ese modo, confundían su excitación sexual con la efervescencia de la borrachera y no tenían por qué alarmarse. Hice por acercarme a Deirdre y comencé a bailar con ella al estilo de la población local, es decir, frotando el paquete. Creo que fue en aquel momento cuando

le dije algo así como:

-From now on your name will be Mary Jane.

Y ella se rió estúpidamente, sin entender bien lo que quería decirle, pero con un ca-

lentón que debía tener ganas de frotarse el coño con las esquinas.

El caso es que no recuerdo bien lo que pasó a partir de ahí, porque todo se volvió un poco frenético. Los camareros llegaban con bandejas repletas de “shots” invitación de la casa. El tequila se puede beber, pero fue el mezcal lo que acabó con nosotros. Recuerdo ver a Melvin saliendo de la discoteca con una de las sureñas. James bailaba con la otra y comenzaba a lamerle el cuello y la oreja. Parecía un chuchito sicalíptico. La música sonaba con un eco que antes no tenía y la bebida comenzaba a derramarse entre los dedos además de por nuestros gaznates. Haciendo caso a mi sentido arácnido, me arrimé más todavía. Tenía los pelos erizados en punta.

El descubrimiento de que Mary Jane podía no ser pelirroja me desconcertó al comienzo, pero pronto me resultó divertido. Guardé su tanguita en el bolsillo del pantalón y comencé a besar sus carnosos labios. Su cuerpo, trémulo de excitación, me buscaba tan imperiosamente que temí que acabásemos follando en medio de la discoteca. Aparté los dedos de su entrepierna.

-Let's go to my apartment.

-Yes, please...

Al salir, encontramos a Melvin discutiendo con un gorila. No podía enten-

der bien lo que decían ninguno de los dos. Su amiga estaba vomitando a unos pocos metros de distancia. Lloraba. Se había quitado las sandalias y tenía los pies negros como hollín. Creo que el gorila les decía que se fuesen de allí. No sé qué es lo que harían al final. Mary Jane y yo pasa-

mos de largo camino al apartotel. Ni siquiera nos vieron.

Hice algunas payasadas para amenizar el viaje. Me costó, porque MJ sólo pensaba en sexo y no dejaba de intentar meterme mano. Le demostré lo ágil que era saltando y también lo fuerte que era levantando una moto y tirándola en medio de la carretera. Ella se reía como una loca estúpida y perversa.

-I'm Spiderman, you know...

Y se reía más todavía, murmurando algo así como que nunca había follado con un súper-héroe.

Era una noche húmeda y calurosa. Una de esas noches que no invitan a caminar borracho. El camino no era largo, pero se convirtió en una auténtica aventura tropical. Un cartel que avisaba del peligro de toparse con cocodrilos nos hizo partirnos de risa. A veces MJ se tropezaba y yo tenía que ayudarla a levantarse para después ser yo quien se caía. Todo funcionaba como si la realidad estuviera representada por múltiples televisores a la vez, y yo no sabía con cual quedarme, porque hiciera lo que hiciera, el barullo me impedía concentrarme.

No logramos llegar al hotel. Mary Jane se tiró al suelo cuando apenas nos faltaban trescientos metros. Se arrastró hasta quedarse tumbada sobre el césped de unos apartamentos color limón. Parecía un desecho humano, con el vestido remangado y el bikini que le dejaba medio pecho fuera, pero eso le hacía parecer todavía más sexy. Un pezón rosado y puntiagudo me llamaba invitante. El cabello, rojo como una llamarada, caía revuelto sobre



la lujuriosa hierba. Me acerqué tambaleándome hasta ella.
 -Fuck me, you, bastard motherfucker superhero sonofabitch...
 Hablaba como la niña del exorcista¹⁰.
 Pasamos varios minutos retozando entre los gritos y silbidos de los transeúntes. Cuando nos levantamos, vi que le había manchado la falda. No dije nada y ella pareció no darse cuenta. Se recompuso un poco el pelo y, sin decir palabra, seguimos caminando. Mary Jane llevaba las sandalias en la mano. Le quité unas hojitas que se le habían pegado al pelo. Tenía un cabello precioso y yo me sentía maravillosamente. Ella me miró, pero en vez de una mirada cariñosa, me encontré con una contemplación enfermiza y lasciva. Tal vez Melvin se había excedido con el bremelanotide. El apartotel era un edificio pretencioso, pero me gustaba por el aire postapocalíptico que le daban las huellas del huracán Wilma. Podría haber estado en medio de un desierto nuclear



igual que estaba en el Caribe mexicano. Antes de entrar me tanteé los bolsillos en busca de las llaves de mi apartamento. Fue entonces cuando descubrí que las había perdido. Mary Jane hizo un gesto con los hombros. Ella no tenía llaves.

Volvimos algunos metros atrás, pero no vimos nada. En el sitio donde habíamos estado retozando, encontramos un pendiente de MJ, pero ni rastro de las llaves. Debían haberse perdido en otro sitio.

-I want sex.

Parecía que no sabía decir otra cosa. Me estaba poniendo nervioso. Había que hacer algo.

Pensé un segundo y decidí que haría algo sorprendente. Algo digno de un superhéroe. Rápidamente le expliqué que fuese a mi apartamento y que me esperase en la puerta. Yo la abriría desde dentro, pero no podía ver lo que iba a hacer. Ella me hizo caso y caminó como un zombi hacia el portal del edificio. Luego desapareció de mi vista al entrar al ascensor.

Mi idea era simple. El apartamento estaba en un tercer piso. Podía subir trepando igual que hacía el hombre araña en los tebeos. Había terraza, y podía apoyar los pies en una enorme maceta que tendría que mover antes para situar en el lugar adecuado.

Primero coloqué dificultosamente la maceta. Luego me subí a ella y empecé a trepar. La pared estaba áspera. Algunos cables colgaban desde arriba. No parecía muy difícil. Yo me sentía capaz casi de cualquier cosa.

Sirviéndome de un cable, logré alcanzar a duras penas el saliente de la primera terraza. Ésa era la más difícil por estar a más altura. Me quedé casi un minuto colgando hasta que conseguí subirme ayudándome de pies y rodillas. Cuando estuve dentro, sólo pude tumbarme sobre el suelo y suspirar. Estaba cansado, pero ahora sí me sentía verdaderamente capaz de trepar por cualquier edificio. ¡Era el verdadero hombre araña!

Repetí un sistema parecido para llegar a la segunda terraza. Apoyé los pies en la barandilla y me ayudé de un cable que reptaba por la pared. El viento comenzaba a ser un impedimento. Podía con ello. Estaba colgando agarrado de un saliente cuando oí una obscena voz que me decía desde abajo:

-What the fuck are you doing? Aren't we going to have sex?

Cerré los ojos. Quedé en silencio absoluto y esperé unos segundos.

-Fuck off, you wimp. I know you are listening to me. Come down and fuck me you looser sonofabitch.

...

Aquella voz tuvo el efecto de la marea arrastrando algo de la playa. Algo que antes había traído, ahora se lo llevó y borró su huella. Y yo ya nunca supe lo que era. Sencillamente desapareció de mi mente. Como si nunca hubiera existido, sin dejar un vacío oscuro sino una simple superficie blanca; lisa, pulida y blanca. Perdí todos mis poderes. Dejé de creer en mí mismo. No podía trepar el edificio. No podía levantar motos. No tenía sentido

(10)Creo que fue esta película la primera que vi en la que se blasfemaba. Yo era apenas un adolescente por aquel entonces. Curiosamente, me impactó mucho menos de lo que me esperaba, ya que mis padres me la habían prohibido ver alegando que era excesivamente violenta. No me pareció tan violenta como decían, y desde luego no me dio ningún miedo.

arácnido. No, yo no era el hombre araña. No era nadie. No estaba seguro siquiera de llamarme Peter Parker. Me dejé caer. Y caí.

La caída en sí no me hubiera hecho demasiado daño. Fue la cabeza de Deirdre lo que me partió el omoplato derecho. Perdí el conocimiento durante

varias horas para despertarme en un hospital rodeado de aparatos y enfermeras. Olía a limpio, el olor universal de los productos de limpieza para hospitales. Un rostro masculino, moreno, algo rechoncho, con ojillos miopes de fanático religioso, se me acercó sonriente.

-Has tenido mucha suerte, muchacho-. Me dijo. -Sólo te has roto el hombro a parte de una leve contusión en la cabeza. Tu amiga está en peor estado que tú. ¿Qué es eso que se había metido? Ahorita está más tranquila, pero anoche tuvimos que amarrarla. Se le echó encima a un enfermero e intentó atacarlo a pesar de tener dos vértebras rotas...

No entendí bien. Murmuré algo

sin sentido tratando de recordar palabras en español.

-No te apures. Los dos se pondrán bien en unos días. Tú saldrás un poquito antes, quizá. Ya hemos llamado a tus padres y vendrán a recogerte. Estaban un poco nerviosos, pero los hemos tranquilizado. Y ahora me voy, que tengo que ir a ver a más pacientes. Las enfermeras estarán al tanto. Si necesitas algo, llámame. Soy el doctor Otto Octavius, pero puedes llamarme Doctor Ock¹¹.

(11) Confío en que les haya gustado mi historia.

UNA TROMPETA DE ACTEAL

Un microrrelato de Sonia LÓPEZ BAENA

Suben escalas de notas salteadas cubriendo los silencios de las voces cantadas. Ya no se pisa loza de cantina, el alma borracha de placer asciende y las estrellas son parte del decorado junto al los acordes de las 2 guitarras suaves que se hacen la réplica, sin discutir, pausadamente. Ya no hay más que luna solitaria.



Los campesinos sentados en las sillas de cáñamo con hechizo contemplan el alma antes de su ascensión, que se esconde en los brazos largos y finos, aunque suavemente musculados, que son olas de mar, alas de mariposas o llanto de cisne apaleado. Y giran sobre un cuerpo a semejanza, pequeño, como de cristal irrompible, que da vueltas acompasado a la música pero con ritmo. Se levanta el vestido negro de seda que cubre alas. Alarga la única pierna. Y no eleva mucho la punta de duro taco de madera, la utiliza para apuntillar deseos. Y ahora está, ya no. Y giros de vuelo de emociones.

El otro pie de la bailarina, de ancla, que no la deja ir; pero el alma ya se va. Tiemblan, tiritan más alto; brazos y pierna descienden hasta convertirse en ancla toda, cerrándose como un paraguas en luto junto a la piedra inmóvil. El alma solo escucha los acordes finales de las guitarras y los campesinos han ido cayendo uno a uno en una dulce duermevela después del jornal. El mesero echa un vistazo y apaga el candil dejando todo a oscuras, menos el cielo.

VERDADES

Un relato de Martha RINCÓN CANO

Platique y platique, ya se le habían ido lo menos cuatro horas y los trastos sin lavar. Los niños chorreados de mugre y sudor correteaban por la calle llena de polvo. Y ella, apoyada en la reja que separaba su patiecito del de la vecina, decía que sí, que lo del plomero le constaba. Miguel, con las patas flacas y las rodillas encostradas, su panza de hermano mayor se le rebosaba de los pantalones demasiado chiquitos. Milagro de la naturaleza parecía que chicas patitas pudieran soportar semejante panzota: "ma, ¿me das dinero para una nieve?" "Yo le aseguro, doña Panchita, que no son cuentos. Dicen que la joya estaba embrujada, que ya traía la maldición desde antes." "¿Qué embrujada ni qué ocho cuartos! Lo que pasa es que la debería haber dejado donde estaba. Con los muertos no se juega." "Ma, ¿me das para una nieve?" "Oiga, Panchita, ¿y usted sabe de dónde salió la güera?" "Pues a mí me dijeron que era su sobrina, pero vaya usted a saber. Su sobrina de ella, me refiero." "¿De la difunta?" "Eso dicen." "Ay, ¿cómo cree? Eso habría estado muy feo, ¿no?" "Pues sí, doña Cloti, pero ya ve cómo son los hombres, nomás les gusta una y no miran ni de dónde salió." "¿Ay, bendito el cielo que hay justicia!" "Sí, bendito el cielo. Mire nomás cómo les fue a los dos. La justicia les vino directamente desde abajo." "Ma, ¿dame para una nieve, por fa!" Y las moscas revoloteando sobre los granos de arroz pegados en los platos de la comida. Ya eran más de las siete y el silbato de la fábrica hacía un buen rato que había sonado. El sol estaba acariciando las lomititas y los trabajadores ya venían en los camiones de regreso a la ciudad. Polvo y silencio pesado en la carretera. "El que da y quita, con el diablo se desquita, doña Panchita." "¿Usted cree que fue eso? ¿Habría sido el diablo?" "Seguro. Mi comadre estaba en el cementerio, por eso le digo que yo sí me lo creo, porque me lo contó ella. Dice que clarito vio cómo la güera se acercó para poner las flores en la tumba, y cómo quitó corriendo las manos como si se hubiera quemado. Las flores se quedaron todas desparramadas, entonces el plomero le dijo que las levantara y las pusiera en los floreros." "¿O sea que sí es verdad que se acercó varias veces?" "Tres, Panchita, tres. La tercera fue para echarle agua a los floreros." "¿Maaa, por faaa!" "No, pues sí, tres ya son muchas, como que ya estaba provocando a la muerta, ¿no?" "La güera esa no tenía vergüenza." "Pues viera, doña Cloti, que yo al principio creía que sí la quería. El plomero a la difunta, digo. ¿No dicen que estuvo trabajando un montón de meses del otro lado para poder comprarle la joya?" "Eso dicen. Que le costó una dolariza, más a parte la inscripción." "A mí me contaron que se la dio para convencerla de que se casara con él. Que según esto no podía vivir sin ella y ya ve." "¿Hombres!" "Sí. Todavía no la había enterrado cuando ya se había traído a la güera." "Ni la quería." "Ma, quiero nieve." "Ni la quería." "Pues no, doña Cloti, la verdad es que ni la quería." La verdad es que el plomero siempre la quiso, desde



la primera vez que la vio. La quiso y aceptó todas sus condiciones. Vivir sin casarse con ella, sin averiguaciones sobre su pasado. Escribió en oro su promesa de amor eterno. Algo bonito pero inútil, decía ella, porque prometido o no, si el amor entra de veras en el corazón, ni quién pueda volver a sacarlo. Vivieron una vida serena al margen de chismorreos y comentarios, y cuando ella se enfermó, él volvió a prometer. Prometió que cuidaría siempre a la güera, la hija que ella había tenido escondida, guardada a cal y canto entre las monjitas de la capital. La güera fue el único secreto del pasado de ella que él pudo conocer. Prometió que la joya pasaría del cuello de la madre al de la hija; a manera de préstamo, como amuleto para atraer la buena suerte en el amor. Una vez conseguido, la niña tenía que devolver el medallón.

"...Y cuando la estaban velando, dicen que la güera no despegaba los ojotes del cuello de la pobre difunta." "¿Usted estuvo ahí?" "No, pero estuvo una vecina de una amiga de mi comadre, que vio cómo él le quitaba la joya." Y el padre de Miguel ya lo había dicho muchas veces, por las buenas, sin llegar a las malas palabras. Que la

cosa estaba muy dura y él se reventaba a trabajar. Que si era para estar todo el día platicando con las vecinas y descuidar la casa, mejor se fuera ella también a la fábrica, total, los niños ya estaban grandes y podían cuidarse solitos. "Como lo oye, doña Cloti. La tercera vez que la güera se acercó a la tumba, salió la mano de la difunta y le arrancó el medallón del cuello." "Justicia desde abajo, Panchita." "Sí. Mi comadre vio salir a la güera del cementerio con el cuello pelón. Luego ya nadie los vio más." "Ay, doña Panchita, yo no me acerco a esa casa, de seguro tiene fantasmas." "Ma, ¿me das para una nieve?" "¿Qué nieve, ni qué nieve! ¿Qué no ves qué horas son? Ya no tarda en llegar tu papá y por tu culpa ni siquiera he empezado a preparar la cena. Ándale, baña a tu hermanito. Si querías nieve, me la tenías que haber pedido antes y no a estas horas."

Unas vecinas decían que los cuerpos del viejo y la güera estaban pudriéndose dentro de la casa cerrada, muertos por la maldición del medallón. Otras, que se los había llevado la muerta para que vagaran perdidos en el más allá. ¡Puras mentiras! Si alguien hubiera estado en la

tación unos días antes, de madrugada, hubieran visto cómo los dos se subían al camión. El plomero estuvo en el cementerio para contarle a su adorada difunta que durante unos días no iba a poder visitarla, que se iban a Colima porque la niña se había enamorado y se casaba con uno de allá. No hubo quien le contara esto a Doña Panchita. Cloti le juró mil veces a su marido que sólo había salido un momentito a pedirle azúcar a la vecina, nada más. "¡Ubícate, gordo! Esta casa da mucho trabajo, no seas desconsiderado. Ni que tuviera todo el día nomás para pensar en hacer tu cena." Miguel y su hermano, con el pelo mojado y los ojos achinados de sueño y cansancio esperaban con los codos en la mesa el final de la discusión y el chocolate con pan dulce.

Nadie vio el medallón guardado entre las flores. Ninguna vecina supo cómo la güera lo devolvía con su propia mano, colocándolo sobre la tumba envuelto en una carta. Nadie del barrio leyó nunca la inscripción.

PISANDO FUERTE

Un relato de Alejandro ROMERO NIETO

Las puertas mecánicas se abrieron ante mí, sostén incansable de envoltorios multicolores y cajas de Pandora. Salí del hipermercado y allí me la encontré, ardiente y apetecible, como el pastel que preparaba mamá en los tristes días de mi primera inocencia. Era tan hermosa, tan genuina, tan pura, que no pude evitar la tentación de pararme ante ella durante un instante y observarla con ojos de marioneta. Sentía el enorme peso de las bolsas cercenándome los dedos, pero me daba igual. Tenía tal belleza delante que desdeñaba toda sensación mundana. Sólo existíamos yo y ella. Ella y yo.

A pesar de todo, oía el ruido de los coches que machacaban la calle, con sus humos nutricios y sus idiomas ya cotidianos entre el trajín de la gran urbe. Ella permanecía incólume, toda sensual y virgen, ajena a la ciudad eclosionante. Yo quise hablar, pero no pude. Las frases se me acumulaban en la mente y trataban de salir todas a la vez, como si hubiera rebajas en mi boca. Me había convertido, sin yo quererlo, en un maniquí extravagante.

Sin embargo, ¿qué podía decirle? Ahora la tenía delante; veía realizado el sueño de toda mi vida. Y, ¿cómo iba a arrancar? Podría ser directo, pero quizás a ella le apabullara tanta vehemencia. No. La perdería a las primeras de cambio. Podría ser quizá dulce, pero entonces no sería yo, de natural tosco y huraño. Sería una máscara la que hablaría con mi lengua. Dios mío, ¿qué podía decirle? ¿Cómo hablarle a tanta belleza?

Al final me decidí. "Hola." Tragué saliva. "¿Cómo estás?", acerté a pronunciar, pero no respondió. "¿Te apetece tomar un café?" Sólo se escuchaba, vagamente, la mustia sinfonía que palpitaba la ciudad. Luego rugió un avión por allá arriba. Continué conversando con ella, haciéndole preguntas que me la desnudaran, pero fue en vano. Ella no escuchaba mis lamentos.

Entonces fue cuando se me ocurrió cometer el acto atroz, el crimen impetuoso. La ira me recorrió sin pagar peaje, enfurecido por el desdén que mostraba mi amada. Ahora sabía lo que sentían esos desgraciados que aniquilan a sus hembras con martillos y escopetas plumbíferas. Mas yo sólo tenía a mano bolsas blancas de petróleo. Así que, listo para consumir mi venganza, levanté la pierna izquierda y la coloqué sobre ella, toda inmóvil y encantadora, asuntora impertérrita de su cruel destino.

Chof.

Sentí bajo la suela una sensación mórbida y pastosa; inolvidable. Nunca antes me había hallado tan plétórico. Era como eyacular zumo de melocotón. Tal vez estuviera imbuido por el espíritu de Caín. Tal vez me gustase asesinar, aunque esta vez sólo se había tratado de un excremento, de una cagada canina que aquella mañana me encontré en mitad de la acera. Esperé a que el hombre del semáforo se pusiera verde y crucé la calle hasta llegar a casa. Volvía a prestar atención al peso de los manjares.



PEQUEÑA DECISIÓN

Un relato de Víctor MORICHE



Aquel hombre respetable y rico, algún día se puede decir que vivió. Era conocido en toda Alemania, amó, y era amado. Acabó abandonando a su mujer por una amante joven y su vida acabó en un desastre, o se puede decir simplemente que acabó. Al atardecer, todos los días, paseaba por las frías calles de la ciudad que le vio nacer; ahora tenía la esperanza de que aquella espesa niebla cubriera como un manto salvador su deteriorado rostro cansado. Su cabeza, que meses atrás se erguía orgullosa, ahora se refugiaba arrepentida entre sus hombros. Sentía como su alma cansada trataba de huir de la omnipresente melancolía, pero a cada paso, a cada aliento frío, se entumecía su voluntad. Estaba resignado a la soledad, hubiera querido estar entregado a ella como un invitado, pero siempre estuvo en ella como un intruso. La tortura del recuerdo le atormentaba en aquellas noches donde las permanentes estrellas parecían vigilarle. En los bares, el ardor del Vodka aplacaba su amargura, su sed, y recordaba... Recordaba cómo las finas manos de la joven Helena se aferraban a él como ahora sus manos aferraban el frío vaso. Sus uñas llegaron a hacer surcos sobre la barra, improvisada almohada por donde dejaba resbalar sus lágrimas, sus pensamientos, su esperanza.

Embriagado por el licor y la tristeza se dejaba envolver por el viento en la total oscuridad de los callejones, apenas el sigilo de alguna sombra le inquietaba, tan sólo esculpía en piedra murallas en su interior. Los escaparates sufrían sus tambaleos, esos escaparates donde la ilusión de su joven amada se saciaba cuando las prendas allí mostradas habitaban su armario. Aquella mujer llena de vida cuyos ojos le torturaban y le llevaban cautivado a los hoteles, al frío refugio de las lujosas sábanas. Aquella sonrisa que le engatusó llevándose con su altivez sus últimos coletazos de vanidad y orgullo, y haciendo desaparecer de sus brazos a su mujer y a su pequeña Anna. Dormido sobre el frío suelo soñaba que descansaba en el caluroso regazo de su esposa, que la música de su aliento le susurraba en las horas perdidas de la noche las notas del cariño más sincero, y que la luz que atravesaban los párpados no provenía de la linterna de algún policía sino de la habitación de su hija.

Sólo una cosa le quedaba, los recuerdos, recuerdos con los que nunca podrían las eternas noches. En ellas, en su delirio, escuchaba la cantinela de su corazón, latidos que se asemejaban al lamento del dorado saxo. Su llanto se había secado, la sensación de saberse abandonado había esparcido por todo sus ser una tranquilidad recelosa de despertarle algún sentimiento con el que pudiera calentar su pecho. En algunos momentos se hacía preguntas, pero era en vano, esos instantes se ahogaban de nuevo en los bares, hundidos en su tenue luz, mezclado en el humo pasajero de los cigarrillos. En la pared de los bares, tras la barra, un inmenso espejo era testigo de su declive. Un espejo en el que sus ojos más de una vez se detuvieron, pero para ver a un extraño que pretendía robarle su máscara, su mirada.

Seguía ocultándose noche tras noche, tras las copas, tras las penurias de sus colegas borrachos, acabando siempre en el suelo y con su mirada en el cielo reflejando la luz de algún recuerdo, extendiendo el brazo trataba de acariciar la estrella que dibujaba el rostro de su añorada esposa. Tan cerca parecía haberla tenido, en la palma de su mano extendida dejó su mirada... y así amaneció, con el brazo extendido y con una moneda en su mano. A lo lejos, una mujer cogía de la mano a una pequeña que le saludaba, simples siluetas oscuras que se perdieron entre la niebla.

TRES MICRORRELATOS

de Romuald-Achille MAHOP MA MAHOP

ALGUIEN EN MI CASA

Cada vez que vuelvo a casa y abro la puerta, sale alguien que no conozco y que vive conmigo en algún lugar entre la espuma y el sueño. Ese desconocido sin nombre, este hombre sin rostro, este rostro hueco como los ojos de la muerte sabe quién soy y de dónde vengo. Tal vez sea yo, ese otro yo condenado al reino de la sombra, atado por cadenas eternas a la existencia de la ausencia. Y quizá también diga de mí, en otro lugar que no conozco, lo que aquí digo de él. Quizá esté escribiendo, del otro lado del espejo, con signos indescifrables para mis ojos, estas mismas palabras. Pero no importa. El caso es que hoy, casi le pillo sentado en mi sillón favorito, viendo mi programa favorito, con nada menos que mis pantuflas favoritas. Este inquilino cómplice, ese ángel agazapado en mi sombra siempre se olvida de cerrar el frigorífico. Claro está porque como yo, no tolera el claustro. Ni para las bebidas. O quizá porque después de todo es una puerta que invita a entrar. Y sinceramente, siempre se lo he perdonado. Pero ahora que se ha enamorado de Amalia, la única mujer que amo, con todas las aces de su nombre, empiezo a no aguantar el calorcillo de sus recientes pies en mis pantuflas.

EL DESCUBRIMIENTO DE MI NOMBRE

Como quien amanece por primera vez tras una vigilia que no es más que un largo sueño, hoy he descubierto mi nombre, es decir el reflejo oral de mi alma, el que soy y que era antes. Me he sentado en la cama y lo he pronunciado despacito en la espumosa sombra del amanecer expirando el aire nocturno de los sueños. He silabeado apenas en un principio, temeroso como quien abre por primera vez la puerta de un sótano sagrado. Lo he vuelto a decir, una y otra vez y luego otra y veinte veces. A partir de la cuarta, ya sonaba igual que las encantaciones de Merlín. Sonaba como palabra nueva, desconocida, como si mi voz no fuese mía, o como si aquellos sonidos no tuvieran ningún sentido. Y he pensado: ¡Qué disparate llamarme así! ¿No se le hubiera ocurrido a mamá asociar otros sonidos? ¿Por qué no leyó el nombre que repercutían mis primeros gritos o los cristales de aquella sala ritual? ¿Por qué no supo que yo era yo y no aquél que vendría más tarde y que me robó el nombre que tenía que tener? Y le miro dormir, ese hermanito impostor ¿Quién sabe? Tal vez esté soñando que se llama yo.

EN LA BIBLIOTECA

La biblioteca era como todas las bibliotecas de la tierra. Aburrida, llena de gente con gafas solemnes, respetablemente inclinados sobre los escritorios, metidas sus pupilas hasta los recónditos abismos de las páginas. El olor pálido de las hojas de papel estaba filtrando de aquellos organismos vivos entre sus manos como extraños panes nuestros de cada día recién salidos del horno. Incluso vi a algunos temerarios que acariciaban filosóficamente el lomo de unos gruesos tomos (por supuesto de algún escritor alemán, no vaya usted a creer otra cosa, o en el peor de los casos de algún marxista ruso). En fin, ya habrá comprendido el lector que ni cabía el menor zumbido de mosca. Pero he aquí que de pronto entra un usuario con un ipod de auriculares blancos en los oídos y enseguida el cacharro se rebela contra su dueño y contra todo entendimiento humanamente concebible. Los auriculares, monstruosamente, emiten decibelios de amplificadores de music-hall y el volumen parece que alcanza las extremidades de la tierra. El pobre se ruborizó, azuleó, palideció, ennegreció. No quedaba el menor espacio en todo el sagrado recinto sin los bum! bum! bum! del buen cacharro. El joven intentaba apagarlo ¡En vano! Lo rompió, lo pateó, lo pisó, lo estrelló contra augustos tomos de Séneca. ¡Nada! Llegaron los bomberos. ¡Nada! La undécima flota. ¡Nada! Por fin, comprende que la única salida posible es justamente la salida de esa biblioteca alborotada. Pero ya le rodea una marea humana armada de bolígrafos como bayonetas, de tomos como piedras de lapidación, y sobre todo de gafas. Esas eternas gafas que crecen como protuberancias en las pupilas de los que fruncen el ceño.

EL PACIENTE

de Izara BATRES CUEVAS

Relato ganador del concurso de relatos cortos, "Talentos", del periódico El País, (EP3 y Banco Santander) publicado en el suplemento de El País, "EP3", el 30 de noviembre de 2007.

Verá, doctor, estoy aquí porque... me ocurren cosas algo extrañas. Por ejemplo, el otro día soñé que Rafaela Carrá me daba una paliza y luego cantaba "Para hacer bien el amor hay que venir al sur", y yo decía: "¿y qué tendrá que ver?". Ya de pequeño tenía pesadillas con Heidi. El médico que me trató, le dijo a mi madre: "Su hijo es anormal". Me afectó tanto que intenté darme a la bebida, pero no funcionó; cada trago que bebía lo vomitaba. En mi empeño de ser un gran alcohólico, me bebí varias botellas y perdí toda mi flora intestinal.

Más tarde, me aficioné al campo. Hacía largas excursiones y miraba los caballos; de hecho, los miraba tanto que empecé a ir al psiquiatra. Llegué a la conclusión de que mi vida no tenía sentido y de que mi madre era la causa de todos mis problemas. La recuerdo haciendo bonitos pasos de ballet. Aunque era coja, nunca dejaba de bailar. Era incombustible. Por otra parte, mi abuelo había sido funambulista y corría con las manos en vez de con los pies. Una vez, ganó los cien metros lisos en el maratón. El problema es que le gustaba ponerse enaguas. Mi abuelo era así, un hombre especial. Solía correr con las manos llevando una enagua de encaje y un gorro mejicano.

Mi padre decidió que la gente tendría que pagar por venir a casa a ver correr a mi abuelo y bailar a mi madre, de forma que nos hicimos ricos durante un tiempo. Hasta que mi padre comenzó a automutilarse con chinchetas de colores; gastaba tantas que nos arruinamos. Mi abuelo le echó de casa. Fue algo violento, porque salió al portal persiguiéndole con una escopeta. Le dijo que no volviera jamás y luego corrió tras él. Cuando la policía vio a aquel hombre corriendo con las manos, el sombrero mejicano, la enagua y el rifle, se quedaron paralizados unos segundos y uno de ellos se suicidó. Después detuvieron a mi abuelo por desacato a la estética y daños al cuerpo —el de policía—. No volví a verle.

Ahora trabajo en una fábrica de pelotas de goma. No sé por qué, pero me relaja.

